



Versaciones de un chupaplumas

Con alguna ayuda de mi amigo

[1]



si bien, y en honor a la verdad, no me sentía obligado a deberle por ello gratitud alguna ya que esta, la mía, “mi Sonia”, se estaba aprovechando muy poco del temperamento dulce y sereno que, a juzgar por el esbozo muy en esquema que me proporcionara en el Cofee & Shop la tarde lluviosa de nuestro reencuentro, adornase a una moribunda que, por otra parte — y no es que pretenda yo poner paños calientes a mi posible deslealtad, pero entiendo que se debe ser realista —, qué arrestos, ni qué energías, ni qué capacidad de soltar exabrupto ninguno, cabría esperar de quien está exhalando su último suspiro.

No me fue posible el dejar de considerar, sin embargo y tan pronto cruzó por mi mente — o, siendo más preciso, “tan pronto tuve consciencia de que cruzaba por mi mente”, porque tal vez había cruzado más veces pero yo, embebecido en mis quehaceres, no supe darme cuenta¹ — la idea de que Sonia era exclusivamente mía, que ella, Sonia, bien podía estar siendo en cierto modo hija de su Camelia y que, como sucede en la realidad con los hijos biológicos, tan distintos tantas veces de los padres y que hacen exclamar “¡no sé a quién puede haber salido!”, en Sonia, en sus genes, en la esencia más ínfima y remota de su ser, tenía que estar habiendo un algo de aquella criatura que mi amigo — desesperanzado de poder llegar a algo con ella porque cada vez que le intentaba meter mano² se le escapaba de... pues, eso exactamente,

¹ Y sé que traté de recordar, en el momento; y que incluso repasé todo lo escrito tratando de encontrar algún indicio de cuántas veces o en qué momentos. Pero sobre el papel no había ninguna constancia de que tal cosa hubiese ocurrido.

² Bueno, esto ha quedado muy mal y puede hacer pensar que... Pero yo sé qué quiero decir, de modo que lo dejo como está, que si me paro en afinar me perderé en detalles insignificantes y me apartaré del verdadero meollo de este asunto, de la esencia de esta disertación que ya veremos si al remate y en mi afán de ser honesto — conmigo mismo o con mi amigo, que no sé cuál de los

Con alguna ayuda de mi amigo

[2]

de las manos — me encomendase para ver si con mi mediación era posible (que recuerdo palabra por palabra la frase “¿Y no te has parado un momento a pensar cómo te sentirías de orgulloso si con tu buena industria sentara la cabeza?”, y es por lo que acepté³) meterla en cintura y sacarla adelante.

Continuará

dos me importa más, pero tampoco voy a analizarlo ahora — no me termine ocasionando algún disgusto porque él, cuyo único interés reside en que la historia prospere, me reñirá aduciendo “¿quién te manda meterte en filosofías que ni están viniendo al caso ni tú dominas?”.

³ Y me asalta aquí una duda nueva, no sabiendo si fue por complacerlo o por hacer algo de que poder algún día — que podría ser muy lejano porque ya se sabe que triunfar lleva su tiempo y que, “como en ocasiones ha sucedido incluso con los más grandes” (que recuerdo que me lo dijo también), no siempre se consigue en vida — sentirme... pues, eso, orgulloso.